

Controversias doctrinarias

Para José María Zeledón

Y vamos a puntualizar.

Dice nuestro culto contendor:

"He negado el progreso democrático alcanzado por las intervenciones del pueblo en los comicios, y he invitado a que se me citen hechos concretos que prueben lo contrario. Es más, he denunciado los males profundos que la política nos ha traído".

Para demostrar el progreso democrático que ha alcanzado Costa Rica, bastaría tender la mirada sobre el panorama político que actualmente se desarrolla ante nuestros ojos, a la manera de aquel filósofo antiguo que demostraba el movimiento andando.

Pero vamos a hacer algo más, y con las reminiscencias del pasado iluminaremos un poco las sinuosidades del presente y las lobreguezes del futuro. En 1889 gobernaba el Gral. don Bernardo Soto, quien tuvo el talento de rodearse de cerebros jóvenes y de corazones aún no tocados por la influencia corruptora del llamado "positivismo político". La transmisión de la presidencia entonces se efectuaba en virtud de pactos de familia o de conveniencias de círculo, sin que el pueblo participara mucho ni poco en aquella farándula electoral.

El General Soto, siguiendo la ley de la costumbre, apadrinó la candidatura del Lic. don Ascensión Esquivel, Primer Designado a la Presidencia; se retiró de ésta, y el Congreso llamó al señor Esquivel para que lo sucediera en el ejercicio de la misma.

Mas el pueblo de Costa Rica no era ya aquel humildísimo hato de ovejas que contemplaba impasible las luchas de los pastores que se disputaban su posesión; durante largos años de cautiverio, había aprendido a amar la libertad, y ésta fermentaba como un licor embriagante en el fondo de todas las conciencias, de manera que, al tremolar la bandera roja del esquivelismo en el alto del Capitolio, se formó el Partido Constitucional en toda la República, el que, a manera de protesta contra las usurpaciones del Poder, adoptó como enseña la bandera de la Patria.

El grupo esquivelista de aquella fecha adoptó el nombre de "Unión Liberal" y estaba integrado, en lo que se refiere a su plana mayor, casi por los mismos elementos que hoy le disputan el triunfo al Partido Republicano, o sea, Cleto González Víquez, Ascensión Esquivel, Carlos Durán, etc., grupo que el pueblo ha bautizado con el pintoresco mote de "Círculo de la Argolla".

Iglesias era entonces el "leader" del partido constitucional o rodriguista y con su palabra elocuente inflamaba las multitudes.

Sobrevino el 4 de agosto, asonada que produjo honda impresión en Costa Rica. Don Ascensión y su Ministro de la Guardia fueron señalados como culpables por la conciencia pública, y don Bernardo recobró inmediatamente el Poder.

Desposeído de lo que constituía su fuerza, el esquivelismo principió a desbandarse.

Las elecciones fueron libérrimas, y en ellas triunfó el candidato del Partido Constitucional Lic. don José J. Rodríguez.

El esquivelismo, vencido en las urnas, quiso tomar el desquite por medio de las armas; el pueblo en masa acudió a la capital y ocurrió entonces la memorable jornada del 7 de noviembre, que será inmortal en los fastos de la democracia costarricense.

Triunfó el pueblo... ¿Y qué importa que a modo de un crespón fúnebre sobre la hermosa victoria popular, viniera luego la funesta dictadura de Rodríguez engendradora de la tiranía de Iglesias? Cuando se ce-

lebra el 14 de julio, los franceses no se acuerdan del cesarismo de Napoleón ni del "terror blanco" de Luis XVIII, que vinieron después, y cantan regocijados la Marsellesa, que es el grito de desesperación y de victoria de todos los pueblos oprimidos.

Rodríguez... es una figura vuelta de espaldas en la rotonda de las celebridades históricas, e Iglesias ¡ay! es el Lucifer de la democracia, el ángel bello de nuestros sueños republicanos, cuya alma luminosa cayó desde la dorada cumbre del Empíreo al abismo negro de la ambición, como el lucero cuya caída lamentaba en sus trenos profundos el profeta de Sión.

Iglesias gobernó sin más ley que su capricho. "El Estado soy yo", decía como Luis XIV. Fué más allá de Guardia en ambición y sobrepasó a Carrillo en violencia, sin ser tan patriota ni tan honrado como ellos.

Mas llegó un día en que sintió el vacío en torno suyo, y se espantó de su propia obra.

Las dictaduras no sólo se fundan en bayonetas, sino principalmente en el oro que corrompe las conciencias, mata el espíritu de los hombres, endiosa a los tiranos y deslumbra hasta a los mismos pensadores.

Y el tesoro público, a causa de tantas filtraciones estaba exhausto. Los intereses de la deuda hacían mucho tiempo no se pagaban, y a los mismos empleados públicos fué preciso recortarles el sueldo. Entonces, en los mismos balcones en donde hacía ocho años había flameado por vez primera la "banderita roja" del civilismo, símbolo del orgullo y la prepotencia de un hombre, asomó la bandera blanca de parlamento, anunciando que la dictadura de Iglesias capitulaba ante el pueblo.

Desgraciadamente, los sedicentes jefes del Partido Republicano, en vez de forzar a Iglesias a una rendición incondicional, pactaron con él en una forma humillante.

Mas un grupo de ciudadanos, entre los que se encontraba nuestro estimado contendiente, protestaron del arreglo amigable, y sostuvieron una lucha gloriosa contra las fuerzas unidas del civilismo imperante y del Olimpo corruptor. Los "neos" fueron vencidos; pero el honor de Costa Rica quedó en salvo.

Desde entonces, se han sucedido en el gobierno de la República, tres gobiernos, cuya gestión vamos ligeramente a reseñar.

El Gobierno de Esquivel se caracterizó por varias medidas violentas, que hicieron olvidar su labor administrativa, que no fué del todo mala.

En tiempo de don ascensión se restableció en su primitiva pureza el artículo 97 de la Constitución que Iglesias había reformado para reelegirse.

Se prohibió que los Designados a la Presidencia y los Secretarios de Estado pudieran ser candidatos.

Se prohibió lo mismo respecto a los parientes del Primer Magistrado.

Y se administraron con más honradez los fondos públicos.

Se dió un paso, pues, en el sentido de la moralidad política.

Vino luego el Gobierno derrochador, débil y dádivo de don Cleto. El señor González subió al Poder merced a la escandalosa expulsión de los candidatos de la Unión Republicana; pero una vez en la Presidencia trató de bienquistarse con todo el mundo, y en materia administrativa fué más blando que un predecesor.

Es cierto que al iniciarse la pasada lucha electoral mostró simpatías por el señor Iglesias; mas cuando vió que el pueblo parecía resuelto a hacerse respetar, tuvo el buen juicio de abandonar su empeño, y así las elecciones

se verificaron en medio de la mayor libertad.

Dimos, pues, un paso más en la senda de la democracia.

"No;—dirá el señor Zeledón—lo que hicimos sencillamente fué volver al 89".

Supongámoslo así. ¿No significa de todas maneras, un triunfo para el pueblo de Costa Rica volver a aquella época en que su soberana voluntad se impuso a despecho de las bayonetas y del oro corruptor de los olímpicos?

El pueblo de Costa Rica volvió al 89; pero volvió con el fardo de su dolorosísima experiencia, volvió, no con el entusiasmo semiinconsciente de aquella época, sino con la energía de un pueblo mayor de edad, a quien no es ya posible engañar con lentejuelas ni vidrios de colores ni amilanar por medio de la fuerza.

El Gobierno de don Ricardo Jiménez ha marcado una etapa en la historia de Costa Rica: durante él, nuestro pueblo ha llegado a la plenitud de su soberanía.

¿Desea hechos concretos nuestro estimado amigo? Helos aquí:

Ayer la libertad de la prensa era un mito. Apenas se publicaba un periódico de oposición, el Gobierno enviaba los periodistas a la cárcel o les daba de alta en los cuarteles.

Así cayeron aquellos valientes paladines que se llamaron *La Opinión* y *El Tiempo*.

Hubo época en que tal terror inspiraba Iglesias, que dejaron de publicarse todos los órganos de la oposición.

El Gobierno, en tanto que arrojaba a los calabozos los periodistas independientes, mantenía a sueldo unos cuantos escritores extranjeros.

Hoy, la libertad de la prensa no tiene más límites que los que marcan los códigos de los pueblos realmente civilizados.

Hoy todo el mundo puede manifestar sus opiniones sin que un esbirro infame lo reduzca a prisión.

Hoy la Prensa subvencionada no existe.

Ayer el Gobierno disolvía a balazos y a palos las reuniones políticas. Hoy la policía guarda absoluta neutralidad en la contienda y se limita a mantener el orden.

Ayer existía la infamante ley del palo. Hoy se castiga al militar que se atreva a imponer tal pena a un inferior.

Ayer se improvisaban mayorías apaleando o comprando electores. Hoy el voto directo forma parte del mecanismo electoral, y mediante esta innovación democrática se corregirá aquel defecto.

En presencia de estos hechos indiscutibles, ¿es posible sostener la tesis de que ningún progreso democrático se ha alcanzado por la intervención del pueblo en la política que antes se desenlazaba entre las cuatro paredes de un cuartel o entre las doradas molduras de un salón presidencial, y hoy tiene que desenlazarse en las urnas electorales, con la participación del más humilde de los campesinos y en medio de las entusiastas aclamaciones de un pueblo libre?

El actual sistema administrativo podrá adolecer de defectos; mas ¿qué obra humana no tiene sus máculas, si el mismo luminoso sol tiene las suyas?

En corregir esos defectos, en pulir y abrillantar la estatua de la República, es en lo que queremos ver ocupadas esas vigorosas mentalidades que corroe el orfú del pesimismo.

Para finalizar. Nosotros no nos hemos empeñado en dar filiación a los propósitos de nuestro bizarro contendor. Heblamos de anarquismo porque, quizás equivocadamente hemos visto palpitar ese sentimiento en el fondo de sus escritos.

Rogamos a nuestro estimado amigo que revea este párrafo, que sin duda brotó de su pluma sin madura reflexión:

"Lejos, muy lejos de mirar los despota en tales abstenciones un síntoma propicio, tiemblan, ante ellas, como ante un enemigo misterioso, cuyos golpes aguardan en la sombra. Y es porque el mar de la conciencia colectiva, por ley natural, no puede dormir profundamente. Los marineros avezados temen más a las calmas sepulcrales que al vendabal deshecho, porque saben que en el seno de esas quietudes inverosímiles, se elaboran los grandes estallidos".

Estas palabras hacen desfilas ante nuestros ojos pavoridos, en procesión dantesca, las patibularias figuras de los redentoristas rusos y de los temibles asociados de las fraternidades italianas, que Tolstoy, el gran Tolstoy, tuvo el valor de repudiar con la misma energía con que repudió a la aristocracia moscovita.

Sin duda nuestro compañero Zeledón no quiso ir tan lejos, y nos felicitamos de que la amable plática concluya aquí, sin abordar el tema algo extemporáneo del anarquismo, el que trataremos, cuando sea del caso, con el debido detenimiento, paseando juntos del brazo, filosóficamente, por las amplias calzadas y las veredas de la historia, bajo las seculares encinas a cuya sombra se congregaban los pueblos a recibir la justicia de manos de sus reyes, y por los encantados jardines donde las bellas cortesanas muchas veces decidían, con una mirada de amor, de la suerte de un imperio.

Mientras tanto, séanos permitido envainar el acero, ya que aclarada la intención de la hoja que provocó esta controversia, no nos resta más que darle las gracias a nuestro cultísimo adversario por la galantería y el donaire que supo poner en la punta de su pluma.

X.

(Concluye)

ERRATA:—Al final de la primera parte de este artículo, se lee: "aquellos modestos y venerables patricios cuya sencillez republicana remora..." Debe leerse: "cuya sencillez REPUBLICANA REMEMORA, etc."

Nuestra propaganda

La participación del obrero en la política es prueba evidentiísima del progreso de los pueblos y de las colectividades, de los partidos y los hombres; y aunque algunos levanten prédicas contra esta gran verdad, jamás lograrán con sus voces rutinarias conmovier siquiera el pedestal donde se encuentra colocada por sobre todas las cosas.

Tenemos pruebas suficientemente amplias para demostrar que el obrero es el nervio principal, el resorto más potente y la columna más poderosa de la civilización y de la libertad de las naciones; pero como los aristócratas y los burgueses nunca podrán prescindir de sus prejuicios malvados y torcidos, nos conformamos con recordar por el momento aquella frase de Emilio Castelar: "Ningún esfuerzo por el progreso universal se pierde".

Las palabras del prodigioso tribuno español, cuya elocuencia parecían contemplar las tempestades y pregonar los siglos, fueron vertidas con ocasión de un estudio hecho sobre la vida del obrero en los talleres y las fábricas, y su influencia en el desarrollo y sostenimiento de los ideales democráticos, tan escarnecidos por los omnipotentes mercaderes y por los políticos viles.

Muy bien sabido es que allí donde se ha entronizado el des-